

Por el Prof. Dr. Hans Meyer

EL COTOPAXI

CONFERENCIA EN LA SOCIEDAD GEOGRAFICA DE
BERLIN



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

(Traducido del alemán por el Sr. Otto von Buchwald)

Entre los nevados del Ecuador, el Cotopaxi siempre ha tenido más interés para los ecuatorianos, debido a su situación y a su actividad volcánica.

Aunque pertenece a la serie de los volcanes de la cordillera oriental, parece un centinela avanzado y su cono majestuoso es visible desde N. y S., con igual claridad.

Por cualquier punto que viajemos en la cordillera, siempre se nos presenta entre las nubes, la cabeza erguida del volcán.

Todos los interioranos conocen el Cotopaxi, aunque tengan dudas sobre otros cerros. La belleza de su forma impresiona siempre a los ecuatorianos, aunque vean a diario semejantes grandezas.

«Está hecho como al torno», ya dijeron los indígenas al gran Alejandro von Humboldt.

Desde una base de colinas parásitas de erupción y masas de piedras pómex, se eleva el cerro en admirable curva a la altura gigantesca de 5.943 metros.

Su perfil simétrico no es feo, como podría creerse, comparándolo con otros conos matemáticos menores.

Al contrario da al cerro con sus 6.000 metros, de los que 1.500 están cubiertos de nieve, una grandeza realmente supernatural.

La forma simétrica nada tiene de rígida si se le ve entre el telón vivo de nubes, luz y color con su collar de nieve.

Si consideramos que la altura colosal no se alcanza aunque se amontonen el Etna y el Vesubio, sobre el Stromboli, nuestra mente principia a comprender algo de las poderosas fuerzas volcánicas que edificaron semejante monstruo, y sentimientos sublimes de grandeza estética y ética llenan nuestro corazón.

El Cotopaxi es el más grande y el más hermoso volcán activo de la tierra. El Sahama de Bolivia es algo más alto,

pero menos hermoso; el Santo Fus-Yama del Japón le asemeja en su bella forma, pero es mucho más pequeño. En el Ecuador el Sangay le supera al Cotopaxi en actividad volcánica, pero, por lo mismo, los ecuatorianos temen más al último por sus erupciones irregulares, repentinas, desvastadoras. Por la misma razón es tan interesante para los viajeros europeos que alcanzaron a pisar en su cúspide.

Ninguna regularidad se nota en las erupciones del Cotopaxi. Del siglo XVI se conocen tres grandes erupciones; en el siglo XVII, entró en calma completa; en el siglo XVIII ha tenido cinco grandes erupciones, en el espacio de veinte y cinco años, y el siglo XIX principió con la terrible erupción de 1803, cuyas detonaciones oyó Alejandro von Humboldt en alta mar, a doce millas de tierra. Hace unos cincuenta años que siguió con una serie de erupciones menores, hasta que, en 1877 se presentó el volcán con todo su furor para quedar luego en calma hasta ahora.

Pero el cerro humea y truena y en cualquier momento puede volver a su actividad desvastadora.

Los ensayos de subir al Cotopaxi principian por los de Alejandro von Humboldt en 1802; pero vanos fueron los esfuerzos del gran sabio alemán y su compañero Bonpland. Tampoco lograron su objeto sus sucesores Boussingault y Hale, en 1831, como Mauricio Wagner, en 1858.

El viajero alemán Dr. Reiss en 1872, fué el primero que posó su planta sobre la cabeza del volcán gigante. Al Dr. Reiss le siguieron el Dr. Stübel, en 1878, el Dr. Wolff en 1877, el Sr. Thielmaam en 1878 y Eduardo Whimper en 1880.

Cada uno de estos viajeros encontró el cerro en diferente estado y la cúspide alterada por las erupciones.

Desde el año 1880, nadie había visitado el cráter del Cotopaxi. Mi antecesor Whimper tres años después de la gran erupción de 1877, encontró la capa de hielo y nevada bastante disminuida, y la cúspide sin nieve; formas verticales de cenizas y vasíli, y el cráter con lava hirviente en su fondo.

Muy natural era por lo mismo mi vivo interés por conocer el estado actual del volcán.

Como base de operaciones tomamos la ciudad de Latacunga situada en la hoya interandina (2.800 mts.) y una jornada al sur del Cotopaxi.

La ciudad había sufrido amargamente en los últimos siglos, pero, sin embargo de tan triste experiencia, los pobladores no han querido abandonar ese suelo, al que están acostumbrados, para formar otra población en forma más segura, como lo hicieron hace cien años los habitantes de Riobamba.

Esos habitantes tienen todavía menos memoria o escarmiento que los vecinos del Vesubio, y cada nueva generación espera la mejora duradera.

Para la subida elegimos desde allá según el mapa la parte S. O., siendo invisible, envuelto entre densas nubes.

El tiempo era malo cuando salimos con la caravana de mulas y así continuó, obligándonos a continuar unos días cerca del pie del volcán, en el pueblo de Mulaló.

En ese pueblo, con la inteligente ayuda de un padre jesuíta, tomamos datos sobre el cerro, y contratamos cargadores indios hasta el límite de la nevada; más allá nadie de entre esa gente nadie había llegado.

El tiempo empeoraba, y nos vimos obligados a colocar nuestro primer campamento del Cotopaxi a una altura de 3.600 mtrs. Nada podía verse de las alturas.

En la noche llovía a torrentes y en la vecindad caía tanta nevada como no se había observado durante ocho años.

Según la escala europea los presagios eran desfavorables para la subida.

Pero al ver en la mañana siguiente el inmenso cerro en todo su esplendor vestido de blanco, ya no cabía detenerse en reflexiones.

Con los cargadores a retaguardia, subimos a la cabeza de la caravana, alto y más alto, por los bosque bajos, hasta la región de las plantas aplastadas, y grama; y desde allí sin oír las objeciones de los arrieros y guías, seguimos por estas zonas medias conocidas hasta el desierto de piedras poméz y cascajo hacia los campos de nevada. Como me siguieran los animales de la caravana, a pesar del granizo y el viento, también lo hicieron los indios envueltos hasta las orejas en sus bayetas.

En una ensenada, libre de nieve, hice arreglar los toldos de campaña y mandé regresar toda la gente y las bestias al último rancho, donde debían ocurrir por nosotros después de dos días. Quedamos cuatro personas; dos europeos, el mes-

tizo e intérprete y un indio vestido con ponchos y pellejos, para hacer candela, deshacer nevada y cocinar.

La noche pasó sin interrupción. En la madrugada aclaró el cielo y un viento helado sopló desde las alturas. Para no esperar el té, tomamos unas galletas; y, al rayar el día, a las cinco y cincuenta minutos, principiamos la subida. Como tercer acompañante acepté esta vez al intérprete, quien ya había dado muestras de resistencia y nos prestaba servicios importantes, llevando viveres o instrumentos. Yo le había revestido con mi segundo traje alpino, y dándole bastón largo, le amarré como tercer término la cuerda de seguridad.

Las primeras dos horas adelantamos bien con una gradiente de 30° , encontrando el hielo sólido bajo la superficie de nevada; solo el viento desde el este, nos causó alguna molestia. Vimos las ráfagas de nevada en polvo, levantarse como banderas y trozos de nubes plomizas sobre las cuestas, para correr enseguida como arenas sueltas en la ensenada. Al mismo tiempo, el viento nos traía un olor penetrante de hidrógeno como saludo del cráter supremo.

Hasta éstas horas habíamos marchado entre las sombras matutinas del cerro; pero a las ocho, nos saludó el primer rayo del sol, produciéndo una aureola roja sobre las canas del gigante.

El reflejo de la luz solar era tan fuerte sobre el hielo, que sin embargo de las unturas usadas, nos quemamos mucho la cara.

En las regiones superiores de los nevados, la luz parecía un espejo, que me hacía recordar el cuento de la princesa encantada en el cerro de vidrio.

Al acercarnos, vimos que el motivo de los reflejos eran las superficies heladas de las alturas.

En las partes bajas pudimos observar la estructura del hielo, éste nos mostraba admirables fajas blancas y celestes sin interrupción de capas de ceniza; como una prueba evidente de que hace años no hubo erupción mayor de ceniza.

El hielo al golpearlo, se quebraba como vidrio.

Así, cortando escalones, subimos en zig-zag, con una gradiente de 35° a 40° .

Virando hacia atrás no vimos más que un mar de blancas nubes en el que se proyectaba como isla la cúspide ne-

vada del Chimborazo, y por el Este una inmensa nube obscura producida por el humo del Sangay.

Calculé la última, según la altura del Chimborazo, en unos 9.000 metros.

A las diez de la mañana, después de una subida de cuatro horas y media, en la nevada y a una altura de 5.000 mtrs. apenas habíamos alcanzado la mitad del camino, que habíamos calculado ser unas cuatro o cinco horas.

Todavía conservamos bastante fuerza, y solo sentí, a consecuencia de la altura, falta de apetencia y muy acentuada la acción del corazón.

Un enemigo nuevo vino a presentarse en forma de una neblina densa, como casi siempre se encuentra en la cordillera.

Pero en el Cotopaxi no nos impresionó mucho porque casi no era posible perderse. La forma matemática del cerro guía sin equivocarse uno, a la cúspide subiendo constantemente;—ésto sí alcanzan las fuerzas y no se encuentran rayaduras profundas sin puentes, como hay varias cerca de la cúspide.

Así fué que conservando el rumbo al desplegarse la neblina, a las dos de la tarde, nos encontramos al frente de una pared de rocas, a 5.670 mtrs., las cuales por la mañana ya habíamos observado.

Causó mi admiración que en este punto, a 250 mts. bajo la cúspide, el piso comenzó a calentarse y que de las rasgaduras y quebradas salieran chorros de vapor.

Allí nos declaró nuestro compañero que las fuerzas le abandonaban y que quería esperar nuestro regreso. Desatamos la cuerda y cada uno como mejor pudo siguió escalando la altura. Después de una subida de más de ocho horas de estar atados a la cuerda, el movimiento de pies y manos era un verdadero recreo. Pero, naturalmente, también sentimos cansancio, yo más que mi compañero el Sr. Bescheiter, a quien llevo diez años de edad. De la enfermedad del cerro (la enfermedad de las alturas) nada sentimos; y lo único que nos molestaba era una cierta pesadez en el cuerpo y una especie de hambre de aire por consecuencia de la disminuida presión atmosférica y la falta de oxígeno.

La existencia del oxígeno en una altura de 5.500 mts. no es más que la mitad de lo que es a nivel del mar.

Esta sensación asmática desaparecía al descansar pocos segundos reclinado sobre algún promontorio de hielo.

La última parte del monte tiene una gradiente de 40° a 45° y allí, ya todo es hielo y en ninguna parte se ve la roca.

Lejos nos parecía todavía la cima, y por momentos nos vino la duda de si con la hora tan avanzada (eran las 12 y 30 p. m.) podíamos alcanzar a la cúspide, sin exponernos a ser sorprendidos por la noche a nuestro regreso. Es preciso recordar que bajo el Ecuador el sol se pone a las seis, y media hora después ya es de noche. Pero la reflexión de no regresarnos estando cerca del fin de tanto esfuerzo, nos dió ánimo y la victoria fué nuestra.

Vagamos un cuarto de hora entre las lomas heladas; y, de repente, delante de nosotros se abre la tierra y aparece la inmensa y oscura profundidad del cráter grande.

En los primeros instantes, la impresión nos privó y nos faltaba toda escala para las dimensiones colosales.

El diámetro del cráter es de unos 750 a 800 mts. y hasta donde alcanza la vista, hay una profundidad de 400 a 450 mts. Es decir triple altura que la Catedral de Polonia.

A este abismo caen las rocas casi perpendicularmente graduándose abajo en innumerables escalones, suficientes para contener bancos de nieve de los que se descuelgan columnas de hielo de veinte a treinta metros de grosor, que en partes se ensanchan en verdaderas cúspides.

Un contraste original forman estas masas de nieve, blancas y celestes, con los múltiples colores oscuros de las rocas. Cada una de las capas horizontales de lava de las que se han formado las paredes del cráter, tiene distinto color. En la pared superior, dominan los colores rojizos entrelazados con el color gris; y entre ellos, donde los vapores conservan su calor y se precipitan las costras, las piedras aparecen de un color gris claro, amarillo o verduzco.

Más allá de una profundidad de 400 mts., el vapor sube derecho e impide toda observación.

De repente oí un sonido como trueno o tempano lejano y enseguida subía una gran nube de vapor, la que llenando todo el cráter por instantes, nos envolvió en una atmósfera de hidrógeno sulfuroso.

Pero enseguida la nube desapareció y siguieron nubes densas de vapor, como salidas de una paila que hervía.

Me parecía que a cada tres o cuatro minutos se repetía el máximo del desarrollo del vapor; lo que quiere decir que la actividad del cráter es intermitente.

En el más admirab' e contraste con el cráter y sus vapores calientes, se presenta su circunvalación de nieve, que forma una corona de brillante nitidez, tan grande y tan bella que es digna del rey de todos los volcanes.

La roca ancha de la cúspide, está cubierta con una capa de diez a quince metros de hielo, que cae a plomo hacia el cráter. Se notan derrumbes frescos, donde las masas de hielo han caido a la profundidad hirviente.

Como las rocas de abajo, el hielo está formado por capas y bancos de un color gris en la parte inferior.

Pero lo que a este paisaje de colinas níveas, a una altura de 6.000 mts., da un aspecto particular, son las formas bizarras del hielo.

Todas las colinas y crestas hasta unos cien metros abajo de la fila exterior del cráter, se han cubierto con millones de hojas de nevada, desde unos pocos centímetros hasta medio metro de largo. Son especie de escamas o tejas redondas. Todas las formas son curvas, en ninguna parte angulares y en sus superficies ásperas como corteza, nunca lisas como en las regiones más bajas.

En ninguna parte del «Alto Ecuador» he vuelto a ver semejantes formas, que considero efecto de particular cristalización de los vapores del cráter, y de ninguna manera efecto del sol y el viento.

Había una brisa moderada del Este, que hizo muy soportables los 2º bajo de cero, que marcaba la temperatura.

En ver, medir, fotografiar y dibujar, a los dos se nos había ido insensiblemente el tiempo, y algo me espanté al ver que mi relox daba las cuatro de la tarde.

Ya no teníamos más que dos horas y media de luz para la bajada, por un camino que para subirlo habíamos empleado nueve horas y media.

Apurados principiamos el regreso, dejándonos resbalar hasta el punto que nuestro compañero se hallaba, y lo encontramos bastante repuesto. Sin parar, regresamos sobre nuestro rastro, bien conservado, cortando los zig-zags, saltando y resbalando.

Con felicidad a'canzamos el fin de la nevada antes del ocaso del sol, desatamos las cuerdas y en media hora y antes de la completa oscuridad, llegamos a nuestras tiendas de campaña.

En el campamento tuvimos la agradable sorpresa de encontrar dos gallinas asadas y leche fresca; que el Padre Cura de Mulaló, nos había mandado con los arrieros. Las ganas de comer que habían faltado todo el día, recuperaron su derecho con terrible energía, y acabamos radicalmente con todos los comestibles existentes.

Afuera volvía a nevar, pero nos quedamos tranquilamente dormidos, sin sentir el cansancio por los trabajos ejecutados en las alturas.

Sin embargo de las nevadas, llegaron nuestros arrieros a tiempo, y por la tarde nos encaminamos cargados con muestras geológicas, plantas y otras colecciones.

Al fin llegamos al convento hospitalario de Mulaló, y así terminó nuestra expedición al Cotopaxi.

